

LA IDEA DE LA ATLANTIDA EN EL PENSAMIENTO DE LOS DIVERSOS TIEMPOS Y SU VALORACION COMO REALIDAD GEOGRAFICA

P O R

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

I. PLANTEAMIENTO

Siempre que haya de hablarse de relaciones históricas intercontinentales de carácter cultural, a través del Atlántico, habrá que plantearse el tema de la Atlántida, tema que es quizá uno de los que más han apasionado a gentes de las más diversas procedencias, desde el utopista elucubrador hasta el decidido explorador submarino. Tema, también, que ha tenido los más diferentes planteamientos, desde el puramente historiográfico hasta el geográfico y etnológico. Por esta razón, cuando se reúne un Simposio como el presente, parece obligado que nos detengamos a considerar cómo se han imaginado las épocas precedentes el problema de las comunicaciones de todo orden entre el Viejo Mundo euro-africano y el «más allá» atlántico.

Aunque parezca innecesario recordarlo, en esta breve sistematización de la idea atlántica en el pensamiento de los tiempos, hay que tener presentes las dos premisas siguientes, que en realidad orientan toda elucubración en torno al problema:

a) Toda referencia a la Atlántida, anterior al descubrimiento de América, o a tierras en el Océano, que puedan relacionarse con la idea atlántica o ideas conexas con ella, tiene una constante clara: relaciones Atlántida-Mundo Mediterráneo. Es decir, del pretendido continente en dirección al mundo conocido.

b) Toda referencia a la Atlántida, desde el descubrimiento de América, hasta el planteamiento científico en nuestro tiempo, y el análisis del mito y de su desarrollo, tiene un carácter completamente diferente: relaciones del Viejo Mundo mediterráneo o africano con América, es decir, en dirección Oriente-Occidente, y, con ello, pretensión de identificar el Nuevo Mundo, América, con las tierras atlánticas.

Como vemos, la diferenciación del planteamiento y orientación, sea en un período o en otro, nos lleva necesariamente a consecuencias y posturas diametralmente opuestas, que podrían sistematizarse del modo siguiente:

1.^a Que el mito platónico obedece a una realidad evidente, pero deformada; luego la Atlántida existió. En este caso (siempre dentro de la misma tipificación), habría que buscar la realidad atlántica con muchas variantes: a) terrenos sumergidos; b) civilizaciones de la costa atlántica de Africa (Frobenius); c) islas en el Océano (de que vendría la Antilia, *Ante-Ilha* en portugués, primer pueblo explorador del Océano); d) América, etc.

2.^a Que el mito platónico no obedece a ninguna realidad, sino que es una construcción imaginada, con el fin de sustentar una utopía político-social. No es necesario entonces buscar ninguna tierra existente.

3.^a Que la idea atlántica, aunque sea mítica, es decir sin ningún sustentáculo material, se aprovecha para predecir el descubrimiento de América, y surge la identificación Atlántida-América, con sugeridoras posibilidades: a) que haya existido una relación pre-platónica (de que derivaría el mito platónico) entre el Viejo y el Nuevo Mundo, que pudiera explicar el poblamiento o el origen cultural de América (que es precisamente lo que nos reúne); o b) que haya existido una relación entre el Nuevo y el Viejo Mundo, por tenue que fuera, que justificara la idea de la procedencia occidental (es decir, del Atlántico o Atlántida hacia Oriente, hacia el Mediterráneo) de las culturas madres de las clásicas.

Por todo esto, me ha parecido conveniente hacer una revisión de posturas, de exposiciones, en orden cronológico, partiendo del propio escrito platónico, rastreando su supervivencia y las diversas vigencias e interpretaciones que se le dieron a lo largo

de los tiempos, al ritmo de las nociones geográficas y del conocimiento cosmográfico general que cada tiempo poseyó.

II. LA ATLÁNTIDA PLATÓNICA Y EL MUNDO CLÁSICO

No es necesario repetir lo mil veces dicho: la Atlántida nace con este nombre en dos *Diálogos* de Platón, el *Timeo* y el *Critias*, aunque en los dos sea Critias, con el tiempo tirano de Atenas, el que habla del reino poderoso y luego sumergido. En el primero, Critias hace un relato histórico de cómo llegó hasta él la noticia de la existencia de este Reino, que quiso conquistar a una Atenas prehistórica y que fue vencido por ella y luego destruido por un cataclismo. Dice haberlo oído de labios de Critias el *Antiguo*, su abuelo, y haber forzado a su memoria para reconstruir las palabras del anciano, aunque muchas de ellas habían quedado grabadas en ella como caracteres sobre tablillas de cera. La noticia llegaría a los atenienses de aquel tiempo por medio de las informaciones de un sacerdote egipcio, que a su vez las había dado al sabio y poeta Solón.

En el segundo diálogo, Critias entra, pormenorizadamente, en la relación de cómo era el reino de los Atlantes, de su organización, etc. Dice, contradiciendo lo afirmado en el *Timeo*, que conserva en su casa escritos en que todo ello consta; es decir, que no lo conserva en su memoria de adulto, procedente de relatos oídos a su abuelo de noventa años, sino documentalmente.

Sobre este núcleo central —el relato platónico, puesto en boca de Critias, para mayor aspecto de verosimilitud histórica— gira todo. Hemos de preguntarnos entonces no si es verdad que hubiera existido esa isla Atlántida (que podría llamarse *continente*, como el propio Platón dice), sino, si así lo creían los griegos del tiempo platónico, si lo habían creído antes de Platón, porque figurara en sus ideas cosmográficas y geográficas, si en su tiempo tuvo una repercusión científica; es decir, si fue tomado como cierta y aceptada la noción geográfico-histórica de la localización de la Atlántida, su existencia y su desaparición.

Pero también debemos preguntarnos si existía alguna base para que pudiera haber dicho Platón que hubo una tierra al otro

lado de las Columnas de Hércules (Gibraltar), aunque no —claro está— que esta tierra fuera la Atlántida, sino que con este nombre se significó algo que pudiera ser más bien América; y que lo hubiera podido decir porque algún desconocido periplo o tradición de él hubiera dado pie a tal suposición y denominación, dentro del contexto mitológico de la existencia de Atlas y sus descendientes.

A todas estas preguntas podemos contestarnos, después de las exhaustivas críticas hechas hasta la fecha por Imbelloni y Vivante (1942) y por Ballesteros-Beretta (1945), del modo siguiente:

a) Antes de Platón nadie se refirió a un continente hundido, ni a la existencia de una sociedad perfecta y una civilización muy desarrollada en él.

b) Platón es el primero que hace referencia a este hecho, y se apoya en unos pretendidos escritos de Solón (al que diputa mejor poeta que sabio gobernante), aparentemente confirmados por Plutarco en su *Vida de Solón*, pero que se apoya —lo que pocos han observado— precisamente en los datos platónicos sobre este *sabio de Grecia*.

c) Los escritores posteriores a Platón, unos lo creyeron y otros no; pero entre los primeros no se cuentan los geógrafos, que sólo lo mencionan a título de prueba de que hubo cataclismos geológicos y hundimientos, como una tradición, pero no como un hecho histórico de todos conocido y por todos aceptado.

d) La Geografía y la Ciencia helénicas no incorporaron a sus nociones básicas la existencia de la *Atlántida*, y pensadores de la talla de Aristóteles llegaron a decir que la Atlántida había sido sacada de la nada por Platón y también vuelta a la nada por él mismo.

e) Por todo eso, la problemática existencia de la Atlántida no parece representar la memoria de contactos extra-mediterráneos cuyo confuso recuerdo hubiera tomado luego esta forma mítica y poética.

Centrando, pues, el problema de la existencia de la Atlántida en los términos que a nosotros nos interesan, es decir en las relaciones trasatlánticas de los pueblos del Viejo Mundo y los

del Nuevo, en el orden poblacional, cultural y tecnológico, podemos llegar a la conclusión de que, aunque si quitamos a atlantistas acérrimos como el desorbitado Braghine, y aceptáramos la existencia de tal continente y de todo lo que sobre él nos cuenta Platón, esto no significaría nada al respecto del tema que nos reúne, ya que todo lo que se nos dice es un pretendido imperialismo de los atlantes hacia Oriente, hacia Egipto y Grecia, y no a la inversa. Precisamente por esto es por lo que Frobenius buscó la Atlántida entre los antiguos Yoruba, como origen de la civilización poseidónica; pero sin pensar en absoluto, puesto que la localiza en el continente africano, en una posible América.

III. EL MUNDO ROMANO

No cabe la menor duda de que la dilatada vigencia de la cultura romana, coexistente en cierto tiempo con la plenitud griega, y viviendo, hasta su final, de la tradición helénica, con griegos egregios que participan de la cultura romana, ya sea en latín o en griego, supone en muchos aspectos la plenitud de lo clásico, heredero además de ese mundo erudito y curioso que fue el período helenístico, tan parecido en muchos aspectos, hasta en el crítico, al mundo nuestro de los siglos XIX y XX.

Hablar en Roma de Urano, Poseidón y de mitos, en el terreno científico, no es casi concebible; y como no fuera como una concesión «romántica», podemos usar este término aplicado a lo tradicional. Prácticos y realistas, los sabios romanos pudieron recoger leyendas, pero siempre diciendo de dónde procedían, descargándose en la autoridad de antiguos prestigiosos. El mundo romano, además, pretendía saber fijamente cómo era el medio, la tierra, en que vivían los hombres que pretendía sojuzgar, protectorar (valga el neologismo) o someter. Por eso es interesante saber qué pensó Roma de la tradición atlántica: si la consideró mito o realidad, si la incorporó a su elenco de verdades presumibles o si sólo recogió la especie como una tradición histórica y no como una verdad geográfica. Podemos adelantar algunas conclusiones:

1.^a Los que mencionan la Atlántida o son griegos (es decir, siguen la línea de información «a la helénica») o hacen referencia plena a Platón.

2.^a Aquellos autores latinos que la mencionan, lo hacen en lo histórico, pero nunca en lo geográfico, y menos en lo geográfico presente. En otras palabras, no dicen que existió la Atlántida, sino que hubo quien dijo (Platón) que existió.

3.^a Las referencias a tierras en el Atlántico, o con nombres de Atlantes, son de islas existentes, conocidas o de que se tiene plena referencia, o de tierras africanas.

4.^a Para los romanos, ciertamente, la Atlántida no existió; y, por lo tanto, elucubrarón poco sobre la posibilidad de viajes a ella, de relaciones entre el mundo mediterráneo y el hundido continente, aceptando, a lo sumo, que se trataba de islas cuya existencia era cierta.

Sin ánimo exhaustivo, veamos cuáles son los principales de estos autores. Strabón, griego, se ríe de Posidonio por su credulidad en la Atlántida; aunque realmente Posidonio sólo cita la catástrofe como prueba de que geográficamente existieron cataclismos. Plinio, al mencionar a la Atlántida, lo hace con la reserva de *si credimus Platonio*, refiriéndose luego a una *insula... Atlantis*, como una isla real, que podríamos identificar como las Canarias o Azores. Pomponio Mela trata de islas en el Atlántico (*Fortunatae*), a las que pondera como paradisíacas; pero no cae en la tentación de hablar de la Atlántida. Plutarco, como vimos, al hacer la biografía de Solón, se apoya íntegramente en el texto platónico. Diodoro Sículo menciona igualmente islas en el Atlántico, pero que creer que éstas sean la Atlántida es una suposición gratuita de sus exégetas, no apareciendo en su texto. Philon recoge simplemente, citándola, la versión del *Timeo*.

Nos quedan dos autores importantes, por su solidez y por su sabiduría de las cosas de su tiempo: Marco Tulio Cicerón y Lucio Anneo Séneca. El primero, en el famoso *Sueño de Scipión*, habla de las tierras habitables, cree en la existencia de dos continentes, uno por descubrir; pero no cita que el ignoto pueda ser la Atlántida. Lo mismo ocurre con Séneca, que en sus conocidos versos de su *Medea* asegura que Thulé no será la última de las

tierras. Uno y otro, Cicerón y Séneca, tuvieron ocasión óptima para decir que la Atlántida de Platón estaba aún por hallar, y no lo hicieron.

Cerrando el ciclo del mundo clásico, podemos hacernos una importante pregunta, que sea útil a nuestro propósito de adivinar si en el mito hay algo que pueda esclarecer relaciones transoceánicas precolombinas. Esta pregunta sería: ¿alguno de todos estos autores, incluido Platón mismo y las posibles fuentes en que bebiera, al recoger el mito o la versión, hace referencia a algún contacto que sugiera la idea de algún viaje, desplazamiento o marcha que conduzca a la tierra de la Atlántida? Podemos contestar, rotundamente, que no; es decir, que aunque tras la sombra de la Atlántida se escondiera América (como pensarán las gentes del Renacimiento y post-descubrimiento), el mito no permite fundamentar ni siquiera la hipótesis de que encierre la memoria de contactos precolombinos entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

IV. EL MEDIOEVO

Es noción tópica suponer que la «Edad Media» es lo que su nombre indica, *intermedia*, edad entre lo clásico que muere y lo clásico que renace, entre el siglo V y el siglo XV; pero quien conozca los siglos y cultura medievales sabe que esto no es absolutamente cierto. El descenso de la cultura intelectual en muchos aspectos y la teologización del pensamiento polarizan la actividad humana discursiva en moldes más estrechos o circunscritos, pero no supone el total olvido de todo, pues el pensamiento cristiano de finales del Imperio proyecta sobre los siglos siguientes información y luz. Así Platón y sus ideas no son desconocidas, y, por lo tanto, la Atlántida estará como una idea larvada, esperando salir nuevamente a la superficie. Lo que pasa es que la idea atlántida quedará como materia elucubrativa durante siglos, hasta el comienzo de las exploraciones en el Atlántico.

No es necesario entrar en demasiados detalles, sino citar algunos ejemplos significativos. En los siglos II y III —precursores de lo medieval, en el pensamiento proto-cristiano—, Tertuliano y Arnobio citan a Platón al hablar de la Atlántida; Cosmas

Indiocopleustes (siglo VI) sitúa la Atlántida en Oriente, mezclando a Moisés con Platón (lo cual va a tener en lo futuro repercusiones); San Isidoro simplemente la menciona; y ya en el siglo XI, San Anselmo vuelve a la cita de Platón. Interesa conocer la existencia de este cordón umbilical que liga al mundo antiguo con el medieval para entender un fenómeno curioso y, sin embargo, lógico: la vigencia de la idea de la Atlántica fortalece, quizá porque se creyera en su no total destrucción, la actividad descubridora, que va hallando islas reales (aunque no deja de pensarse en mil otras, completamente imaginarias), y estos descubrimientos estimulan, entonces, y afirman la idea de que la Atlántida pudo ser una realidad. No es una pura casualidad que en el conocido breve de 1344, en que el Papa establece jurisdicción sobre las Canarias (*Fortunatae* nuevamente), junto a Pluvia y otras, mencione a una llamada *Atlántida*.

Pero en todo este mundo intelectual, geográfico, náutico y cosmográfico, no hay mención a viejas expediciones, sino que se hace referencia, a lo sumo, a gentes que emigraron de España a la llegada de los árabes, a santos obispos y —como un pálido reflejo de la utopía platónica— a la existencia de «Siete Ciudades», con una organización modelo, que viven dentro de la ley cristiana.

V. EPOCA POST-DESCUBRIMIENTO

Y llega, como un destello de luz, que ciega con el asombro a todas las previsiones geográficas, el Descubrimiento; y con él, el tenue cordón umbilical que ha mantenido vivo el recuerdo de la Atlántida cobra fuerza y aparece la última versión atlántida, ofuscada por la realidad tangible de una tierra hallada al otro lado del Atlántico. En otras palabras, el pensamiento renacentista, saturado del *divino* Platón —como se le llamaba—, cuyo seguidor más entusiasta será Marsilio Ficino, da una nueva versión a la Atlántida. Paradójicamente, creyendo a Platón, lo contradice, pues acepta que éste se refiriera a un continente, pero no que haya desaparecido, sino que es América.

No todos están contestes en esta aceptación, pero se mueven en su órbita. Fernández de Oviedo es el primero que, quizá con

finés políticos, para justificar la soberanía española de las Indias (como ha supuesto muy fundadamente Marcel Bataillon), habla de un poblamiento de las Indias por descendientes de Atlas e hispanos, pero sin referirse concretamente a la Atlántida. Geronimo Fracastor, de Verona, en elegantes versos latinos, dando muestra de su erudición humanística, que le ha permitido conocer a Platón, recurre a la Atlántida para explicarse algo que desde entonces preocupa al pensamiento científico: el origen del indio americano, y pone en boca de uno de ellos un recitado asegurando que proceden de la hundida Atlántida. Lo mismo supone Gregorio García (1607), que, con el mismo fin, supone que las Indias son la Atlántida; y Sarmiento de Gamboa, que América es la continuación continental de la Atlántida platónica. Y junto al padre Acosta, muy ducho en Humanidades, que la niega, el padre Las Casas y López de Gómara, sin discutir la Atlántida en sí misma, sugieren que Colón fue movido por esta idea para llevar a cabo su tesonera empresa.

¿Qué nos queda de toda esta literatura renacentista, y ya americanista? Prácticamente, nada; que sabían de la existencia del texto platónico, que no se detienen en razonar si existió o no la tierra y la organización política que en él se detallan, sino que creen que el hallazgo de América puede dejar explicado el mito.

VI. CONCLUSIÓN

No ha sido mi intento volver una vez más a explicar lo que la idea de la Atlántida supone, ni discutir las teorías modernas acerca de los orígenes del llamado «mito», y lo que en él puede o pudo haber de realidad histórica en relación con los hundimientos armorianos, por ejemplo, sino rastrear en el pensamiento de los tiempos, hasta el descubrimiento de América, la información que la idea atlantídica pueda contener acerca de relaciones intercontinentales precolombinas. Dicho de otro modo: he deseado presentar las diversas mentalidades que, a través del tiempo, se han aplicado al tema de la Atlántida.

De este análisis puedo llegar a una conclusión, que no por atrevida, en uso de la sinceridad científica, puedo dejar de con-

signar: que no creo que todo lo referente a la Atlántida pueda, tal como hoy conocemos el tema, arrojar el más pequeño rayo de luz sobre cualquier relación trasatlántica que pudo haber habido antes de Platón, y que sólo al final, en el siglo XVI, se quiso hallar con la tradición atlantídica una explicación al Descubrimiento, pero sólo en el terreno elucubrativo, hipotético y conjetural.